



Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ **Second Sunday of Lent**

The destination of our Lenten journey is the joy of the Resurrection, just as the destination of our earthly life is the kingdom of God. This is the core message of the Transfiguration of Jesus, which we celebrate this Second Week of Lent.

The struggles of each day often wear us down. We see children facing the pressure to succeed in school, to fit in with peers, and to meet the high expectations of their families and society. We see parents striving to balance the demands of family, work, and friendships while searching for deeper meaning in their professions. Our elders do their best to manage daily medications while coping with the physical aches and pains of aging. Furthermore, we must all face the external pressures of rising costs and the anxiety caused by immigration raids in our city. Some days, we handle these realities with ease; on others, the weight feels like too much to bear.

We firmly believe that as children of God, we are called to follow Jesus and proclaim His kingdom in our daily lives—whether we are children, youth, parents, workers, or seniors. This shared calling is why we gather each Sunday: to celebrate this divine calling, to thank our Lord, and to ask Him for guidance and strength.

When we lose sight of this purpose, let us remember the story of Abram in the First Reading. He was called to leave the familiar and the comfortable to journey through the desert toward a land promised by God. Abram knew the path would be difficult, especially since he did not know exactly where he was going, yet the Book of Genesis tells us that "Abram went as the Lord directed him." During our own difficult times, we are like Abram. We live each day as best as we can because we trust that by following the Lord's direction, He will certainly take care of us.

The Transfiguration of Jesus on the mountain is God's way of reminding us—precisely when things feel heaviest—that the Kingdom of God is real. It reassures us that our daily efforts will bear fruit that far outweighs our current challenges.

The Gospel describes Jesus' face shining like the sun and His clothes becoming white as light. He stood with Moses and Elijah, the two foundational figures representing the Law and the Prophets. Then, a voice from the cloud confirmed that Jesus was God's beloved Son. This was irrefutable proof to Peter, James, and John that Jesus was indeed leading them toward the establishment of the kingdom. This life-changing experience serves as a powerful reminder to us today: our daily journey to follow Jesus amid our struggles is never futile. God's goodness will prevail.

Witnessing Moses and Elijah conversing with Jesus, Peter was tempted to stay on the mountain. He proposed building three tents, signaling his desire to linger in that moment of glory. However, that was not the plan. The Transfiguration was intended to light the way toward their destination; the mountaintop itself was not the end of the journey.

After the vision, Jesus called His disciples to come back down the mountain. In our own lives, there will be "Transfiguration moments"—times when we feel inspired, invigorated, and touched by grace. Like Peter, we may be tempted to stay in those moments forever. But the Gospel reminds us that grace is meant to propel us forward, not take us away from our mission. Let us be thankful for those grace-filled moments, but let us not forget to "come down the mountain" to share that same grace with the people around us in our daily lives.

As we continue our Lenten journey, let us remember that we are preparing ourselves for the joy of the Resurrection through a life of repentance, prayer, fasting, and almsgiving. May this season show us that every effort to remain faithful to Christ will end in the triumph of God's goodness. The Transfiguration is our beacon, showing us the way home to the kingdom of God.

Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ **Segundo Domingo de Cuaresma**

El destino de nuestro camino cuaresmal es la alegría de la Resurrección, al igual que el destino de nuestra vida terrenal es el reino de Dios. Este es el centro del mensaje de la Transfiguración de Jesús, que celebramos en esta segunda semana de Cuaresma.

Las dificultades de cada día a menudo nos agotan. Vemos a los niños enfrentarse a la presión de tener éxito en la escuela, de encajar con sus compañeros y de cumplir con las altas expectativas de sus familias y de la sociedad. Vemos a padres que se esfuerzan por equilibrar las exigencias de la familia, el trabajo y las amistades, mientras buscan un significado más profundo en sus profesiones. Nuestros mayores hacen todo lo posible por administrar sus medicamentos diarios mientras se enfrentan a los dolores y molestias físicos del envejecimiento. Además, todos debemos hacer frente a las presiones externas del aumento de los costos y la ansiedad causada por las redadas de inmigración en nuestra ciudad. Algunos días, manejamos estas realidades con facilidad; otros, el peso nos parece demasiado difícil de soportar.

Creemos firmemente que, como hijos de Dios, estamos llamados a seguir a Jesús y proclamar su reino en nuestra vida cotidiana, ya seamos niños, jóvenes, padres, trabajadores o personas mayores. Esta vocación compartida es la razón por la que nos reunimos cada domingo: para celebrar esta vocación divina, dar gracias a nuestro Señor y pedirle guía y fuerza.

Cuando perdamos de vista este propósito, recordemos la historia de Abram en la primera lectura. Fue llamado a dejar lo familiar y lo cómodo para viajar a través del desierto hacia una tierra prometida por Dios. Abram sabía que el camino sería difícil, especialmente porque no sabía exactamente adónde iba, pero el Libro del Génesis nos dice que «Abram partió, como se lo había ordenado el Señor». Durante nuestros propios momentos difíciles, somos como Abram. Vivimos cada día lo mejor que podemos porque confiamos en que, si seguimos las indicaciones del Señor, Él sin duda cuidará de nosotros.

La Transfiguración de Jesús en la montaña es la forma que tiene Dios de recordarnos, precisamente cuando las cosas se ponen más difíciles, que el Reino de Dios es real. Nos asegura que nuestros esfuerzos diarios darán frutos que superarán con creces nuestros retos actuales.

El Evangelio describe el rostro de Jesús se puso resplandeciente como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la nieve. Estaba junto a Moisés y Elías, las dos figuras fundamentales que representan la Ley y los Profetas. Entonces, una voz desde la nube confirmó que Jesús era el Hijo muy amado de Dios. Esta fue una prueba irrefutable para Pedro, Santiago y Juan de que Jesús los estaba guiando hacia el establecimiento del reino. Esta experiencia transformadora nos sirve hoy como un poderoso recordatorio: nuestro camino diario para seguir a Jesús en medio de nuestras luchas nunca es inútil. La bondad de Dios prevalecerá.

Al ver a Moisés y Elías conversando con Jesús, Pedro se sintió tentado a quedarse en la montaña. Propuso construir tres tiendas, lo que indicaba su deseo de permanecer en ese momento de gloria. Sin embargo, ese no era el plan. La Transfiguración tenía como objetivo iluminar el camino hacia su destino; la cima de la montaña no era el final del viaje.

Después de la visión, Jesús llamó a sus discípulos para que bajaran de la montaña. En nuestras propias vidas, habrá «momentos de Transfiguración», momentos en los que nos sentiremos inspirados, revitalizados y conmovidos por la gracia. Al igual que Pedro, podemos sentir la tentación de quedarnos en esos momentos para siempre. Pero el Evangelio nos recuerda que la gracia está destinada a impulsarnos hacia adelante, no a alejarnos de nuestra misión. Demos gracias por esos momentos llenos de gracia, pero no olvidemos «bajar de la montaña» para compartir esa misma gracia con las personas que nos rodean en nuestra vida cotidiana.

Mientras continuamos nuestro camino cuaresmal, recordemos que nos estamos preparando para la alegría de la Resurrección a través de una vida de arrepentimiento, oración, ayuno y limosna. Que esta temporada nos muestre que todo esfuerzo por permanecer fieles a Cristo terminará en el triunfo de la bondad de Dios. La Transfiguración es nuestro rayo de luz, que nos muestra el camino de regreso al reino de Dios.